

**CAL Y CANTO**



UNO se cree muy negro y presume —o se acompleja— de ello. Sufre, desde la infancia hasta la muerte la solapada discriminación racial n-ruana: palnatera y señoritinga, del blanco hacia el negro: etnocéntrica, blica de su negritud. Coza desde la infancia hasta la muerte, cuando la p- cencia ancestral lo hace genitaj en el deporte, insuperable en el arte y en el amor, socialmente inevitable, espiritualmente imprescindible.

Uno se cree muy negro y presume —o se acompleja— de ello. Hasta de negro sólo se tiene la pigmentación cutánea. Nadá más. Y para ser negro, espiritualmente negro, ello no basta.

Lo que bien podríamos llamar la "decastación del negro peruano" obedece a un proceso etnográfico muy simple: Analizando el negro como miera cadera del tráfico esclavista: África-América, que durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX practicaran —con "legalidad" jurídico-religiosa— y que tugueses, ingleses, holandeses, daneses, franceses y españoles: Y que o como el dicho lapso arrojara la tristemente asombrosa cifra de 12'000.000 de "negros de abano", encontramos que de dicha cantidad, y durante el mismo período, sólo llegaron a estos "Reynos del Perú" 100,000 negros, en su mayoría (70%) CRIOLLOS, es decir: negros nacidos en América, de padres africanos.

Ya sabemos que el negro fue traído al Perú para suplir al diezmo en dio en el trabajo de las minas de oro y plata, y que, por no adaptarse a las grandes alturas de nuestra serranía (3,000 a 4,000 metros sobre el nivel del mar) se le utilizó en las regiones agrícolas de los cálidos valles Pisco, Piura, Chiclayo, Zaña, Chancay, Lima, Cañete, Chincha, Ica, Pisco, etc. ya como brávero en las plantaciones de caña, arroz y algodón; o como peón de servicio en la casa-hacienda y zonas urbanas. Por otra parte, sin el Canal de Panamá, abierto al tráfico marítimo recién en 1914, y con un Estrecho de Magallanes, intransitable ocho meses del año, los esclavos negros traídos al Perú llegaron por tierra: por el norte, desembarcados en Panamá sudaneses; por la Guinea, Costa de Marfil y Dahomey (yorubas, fantis, ashantis, etc.) Por el sur, desembarcados en el Río de la Plata y atravesando la Cordillera de los Andes —regando de negros cadáveres la blanca nieve— llegaron bantos de Congo y Angola.

Si la diversidad de castas africanas reunidas en América, se agrupó bajo una sola religión de la mitología africana, la misma que, con pequeñas variantes, se conserva y practica hasta nuestros días en Cuba, Haití y Brasil, ello se debió solamente al poderoso ascendiente que sobre el resto de africanos tuvo el yoruba. Ascendiente que se hizo más notable aún en América.

Así pues, el negro que llegó al Perú fue en su mayoría CRIOLLO (hijo de africanos), encontraba en minoría con relación a la población aborigen, fueron bantos, y no sudaneses los que llegaron directamente de África, y por último, y esto es más importante, el negro, que en las demás regiones de América influenció, hasta impuso sobre las costumbres tradicionales indoamericanas, aquí, en las condiciones ya descritas, no alteró en nada la secular y poderosa tradición inca. Pesa sobre ello la falta de contacto e ínfima proporción demográfica.

No sucedió lo mismo con el nativo del litoral: mchicha, chincha o nazca, cristalizó en nuestra costa un pueblo mestizaje mal llamado "afro-yun-ga", creador de todo o casi todo lo bueno que tenemos heredado —y actualmente agoniza— en folklore, culto religioso, deporte y artes populares-post-colombinas.

Sin embargo, el peruano negro, o mestizo de negro, dista mucho de su congénere que puebla la costa oriental de América: desde Las Antillas Mayores hasta Río de Janeiro, pasando por Surinam y Bahía.

El autor es consciente y partcipe del movimiento integracionista que mueve nuestra América, y considera que un ensayo etnológico sobre cualquier materia racial puede implicar separatismo. Pero sobre lo delicado del tema considera deber divulgar lo que el destino puso en sus manos sobre el devenir del Negro en América. Y fue precisamente en Brasil donde quien estas líneas describe tuvo su primer y maravilloso contacto con el verdadero negro: describiendo y ilustrándose con bahianos y cariocas o privándose del "feijão" por adquirir, más libros de Nina Rodríguez, Arthur Ramos, Manoel Querino, Joaquín Ribeiro, Renato Merdoza y Edison Carneiro.

Este es el primero de una larga serie de artículos que me siento obligado a escribir en nombre de la licencia de los 40'000,000 de negros que vivimos y amamos en Nuestra América.